Parrodi fué llamado luego á San Luis, en donde se le sujetó á un juicio por el mismo que le habia ordenado el abandono de Tampico. ¿No era esto desconocer los principios mas triviales de justicia, ó mejor dicho, no era burlar el buen juicio nacional? ¿Ni cómo podria esperarse que Parrodi saliera condenado y reprobada su conducta, cuando esto habria sido condenar y reprobar la conducta de Santa-Anna? Así es que Parrodi fué exonerado de todo cargo por la desocupacion de Tampico, lo que hasta cierto punto era justo, porque el verdadero culpable no era él ciertamente. La division de Tula marchó, por último, á incorporarse con el ejército de San Luis, cuando éste emprendió su marcha para la Angostura.

Tal es la verdad de las cosas en uno de los acontecimientos mas notables de la última campaña, y de que resultan cargos muy graves al director de ella. Nosotros aguardamos que el tiempo aclare lo que hasta aquí está bien oscuro, para que en la historia de estos memorables hechos toque á cada uno lo que es suyo.

CAPITULO VI.

SALIDA DEL EJERCITO DE SAN LUIS

Y

BATALLA DE LA ANGOSTURA.

El general Santa-Anna, despues de una permanencia de mas de tres meses en San Luis, determinó salir en busca del enemigo, que habia avanzado hasta Aguanueva. Con el objeto de llevar adelante esta resolucion, espidió las órdenes oportunas: en la ciudad se notó al punto el movimiento y la agitacion consiguientes á la salida del ejército: se organizó todo para la marcha, y las tropas comenzaron á emprenderla, deseosas de combatir de nuevo con los invasores.

La infantería y la artillería no habian salido hasta entónces de San Luis; pero la caballería estaba fuera desde ántes, dividida en cuatro brigadas, escalonadas del modo siguiente: una, á las órdenes del general Torrejon, se encontraba en Bocas: otra, del general Juvera, estaba en el Venado: la tercera, de que era gefe el general Andrade, habia permanecido algun tiempo en el Cedral, avanzando luego hasta la Encarnacion; y la cuarta, que mandaba el general Miñon, despues de haber sorprendido en la misma Encarnacion un destacamento de mas de cien americanos, que cayeron prisioneros, fué á situarse en la hacienda del Potosí.

El movimiento del ejército empezó el 28 de Enero, dia en que salió toda la artillería con sus trenes y el material de guerra, acompañada del batallon de zapadores y de la compañía de San Patricio. El 29 la siguió la division del general Pacheco, denominada primera; el 30, la segunda, mandada por el general Lombardini; el 31, la tercera, á las órdenes del general Ortega. El cuartel general dejó á San Luis el 2 de Febrero.

Triste era el aspecto que presentaba la ciudad, formando contraste el silencio y soledad en que entónces quedó, con el bullicio, la algazara, el gentío, la animacion de los dias anteriores. La poblacion habia recibido en su seno, á mas del número crecidísimo de militares que allí se habia reunido de varias partes, á las familias de muchos de ellos; y aunque no todas abandonaron la ciudad cuando salió el ejército, sí lo acompañaron algunas en seguimiento de los diez y ocho mil hombres de que en aquella época se componia, y cuya falta hubiera sido suficiente por sí sola para dar á San Luis la apariencia de una ciudad que se encuentra de pronto sin una parte considerable de sus habitantes.

La infantería, caminando en el órden que hemos señalado, hizo las jornadas siguientes: al Peñasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Seca, Solis y la Presa. Los padecimientos del ejército empezaron desde los primeros dias de su salida. La division de Ortega dejó en la Hedionda tres muertos de frio, número que, aunque imperceptible, por decirlo así, era ya un indicante de lo que se sufriria del rigor de la estacion. Tambien cansados quedaron ya bastantes soldados al cabo de algunos dias de camino; pero estos sufrimientos nacientes no alteraban la decision con que las tropas iban al encuentro del enemigo. Su entusiasmo se aumentó al encontrar primero en Bocas, y luego en el Venado, las dos secciones en que venian los americanos capturados por el general Miñon. La presencia de aquellos enemigos vencidos era un suceso de feliz agüero: parecia un pronóstico que anunciaba que la misma suerte correria el ejército entero del general Taylor.

El 3 de Febrero comenzó á soplar un recio norte, que continuó todo el dia; cayó una ligera lluvia, y se sintió un frio bastante rigoroso. El 4 siguió el temporal: la lluvia no cesaba: el frio llegó á ser glacial:

la tropa resentia ya de una manera notable los estragos de la mala estacion. La division de Ortega pasó estos dos dias en el Venado; la de Pacheco en Solis; la de Lombardini en Laguna Seca. Esta hacienda, compuesta de un corto número de jacales, no podia alojar á los cinco mil soldados que habian llegado allí. En cada jacal se habian metido tantos, que casi no podian moverse: privados de lumbre para calentar sus miembros entumecidos, procuraban comunicarse calor mutuamente con el contacto de sus cuerpos, con el vaho, con la friccion de las partes en que mas impresion hacia el frio.

Por fortuna el 5 el tiempo cambió. Disipóse la niebla: las nubes se rasgaron: el Sol resplandeció radiante y magnífico, derramando su luz y su calor tan apetecidos, vivificando la naturaleza entera, volviendo á la vida al sufrido ejército, que sentia reanimar sus fuerzas y renacer su contento y su buen humor. Pero á pocas horas el alivio se convirtió en sufrimiento de otra especie: el calor se hizo tan insoportable como lo habia sido el frio los dias anteriores: los rayos abrasadores del astro del dia sofocaban á los soldados, que en vano buscaban una sombra benéfica en aquellos campos, donde solo se encuentran, á largas distancias, uno que otro grupo de palmas aisladas y mustias en medio del desierto. No habia tampoco en el camino agua con que apagar la sed; y se veia aun lejano el término de una jornada en que tanto sufrian, no solo los soldados, sino las mugeres que los seguian, muertas de cansancio y cargando á sus desfallecidos hijuelos.

Los padecimientos de las tropas decidieron al general en gefe á mandar que las divisiones descansasen un dia en Matehuala, continuando al siguiente su camino. Aquel respiro era necesario para proporcionar algun lenitivo á los males que ya entónces se sufrian, y que eran sin embargo nada en comparacion de los posteriores.

En Matehuala se reunió al ejército la brigada del general Parrodi, compuesta de mil hombres, la que formó desde entónces parte de la division de Ortega.

Hasta el 10 no hubo otra cosa particular de que deba hacerse mencion; pero ese dia volvió á soplar el norte. El cielo se cubrió de nubes negras que interceptaron los rayos del Sol, anunciando un fuerte aguacero, que no tardó en caer: el viento azotaba con furia el rostro, y la arena que levantaba, ofuscaba la vista.

Cuando el temporal empezó, la primera division estaba en marcha de las Animas para el Salado, y fué la que ménos sufrió. La segunda se hallaba en el Cedral; y considerando el general Lombardini los estragos que padeceria si se continuaba la marcha, dispuso descansar allí un dia. La division de Ortega, ó tercera, que ignorante de esta detencion, salió de Matehuala, se encontró con que el Cedral estaba ocupado, y por órden superior contramarchó al mismo Matehuala, haciendo así la jornada doble con aquel tiempo insufrible. Su tránsito quedó regado de enfermos y cansados.

El general Santa-Anna, informado de la permanencia en el Cedral de la division de Lombardini, se irritó fuertemente contra este gefe, y le dió órden para que marchara á las Animas; lo que verificó el dia siguiente.

El 11 se desató el norte completamente: siguió la lluvia: el agua, congelándose en la atmósfera, produciendo una sensacion de frio dolorosísima, convirtió en poco tiempo la yerba del campo en una alfombra blanca en que se resbalaba el pié. El frio era tan intenso, que las partes descubiertas del cuerpo dejaban de sentirse; y paralizada la circulacion de la sangre, los infelices soldados desfallecian, y muchos exhalaban el último aliento. Horroroso era el espectáculo de tantas desgracias: las infortunadas víctimas infundian lástima, al verlas perder infructuosamente una vida, que hubiera debido tener un término mas noble en la lucha gloriosa contra el enemigo esterior.

En la noche acampó la division de Lombardini en las Animas: sus males llegaron á ser verdaderamente intolerables: se dormia al vivac: se veia á los soldados en medio de la llanura, al rededor de una que otra fogata, que era cuanto permitia la escasez de leña, agrupándose todos cerca del fuego, disputándose como el mayor de los bienes un lugar que les permitiera gozar de su calor apetecido. Solia tambien presentarse algun pastor que traia á sus ovejas medio muertas de frio, y que procuraba reanimarlas acercándolas á la lumbre.

La absoluta falta de recursos en las Animas obligó al general Santa-Anna á mandar á Lombardini que hiciera contramarchar á la division el 12 á Vanegas, hacienda en que habia los necesarios para la tropa.

Entre tanto la de Ortega habia vuelto á salir de Matehuala, para el Cedral, en donde pernoctó: la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose reunido desde ántes las brigadas de Torrejon y Juvera, que habian dejado pasar por delante á todas las divisiones, y que marcharon desde entónces á una jornada de retaguardia de la infantería. El cuartel general, que habia llegado tambien á las Animas, encontró este rancho enteramente ocupado por las tropas, y tuvo que contramarchar á Vanegas.

El 13 comenzó á variar el tiempo: aunque todo el dia estuvo nublado y lloviznando, no nevó tanto como los anteriores: el frio disminuyó notablemente. Sin embargo, el desaliento se aumentaba con justicia: el número de muertos habia sido crecido: en las filas habian quedado claros enteros, como los que dejan en una batalla las balas de cañon de las baterías enemigas. Y el mal no se limitaba á solo las personas: el parque, mojándose, se ponia inservible: las armas se enmohecian: los zapatos se achicharraban, oprimiendo la piel y destrozándola, y luego se rompian é inutilizaban.

El dia 14 se continuó la marcha, aumentándose el número de enfermos, y no disminuyendo el de muertos. Se recibió correo de México, en que venian los primeros anuncios de la revolucion que estalló luego. El ejército recibió con placer, en medio del desierto, las cartas que á cada uno dirigian su familia, sus amigos, las personas todas con quienes lo ligaba el cariño. Las leian con avidez: aquella era la última vez que debian tener noticias de cuanto amaban, ántes de la batalla que se iba á dar; y teniendo á la vista la perspectiva de una muerte probable, las consideraban como una tierna despedida. Muchos, en efecto, sucumbieron en el combate, dejando sin respuesta aquellas cartas queridas; pero si su pérdida fué una justa causa de afliccion, su nombre, ensalzado por la gloria, debe ser un lenitivo y un consuelo.

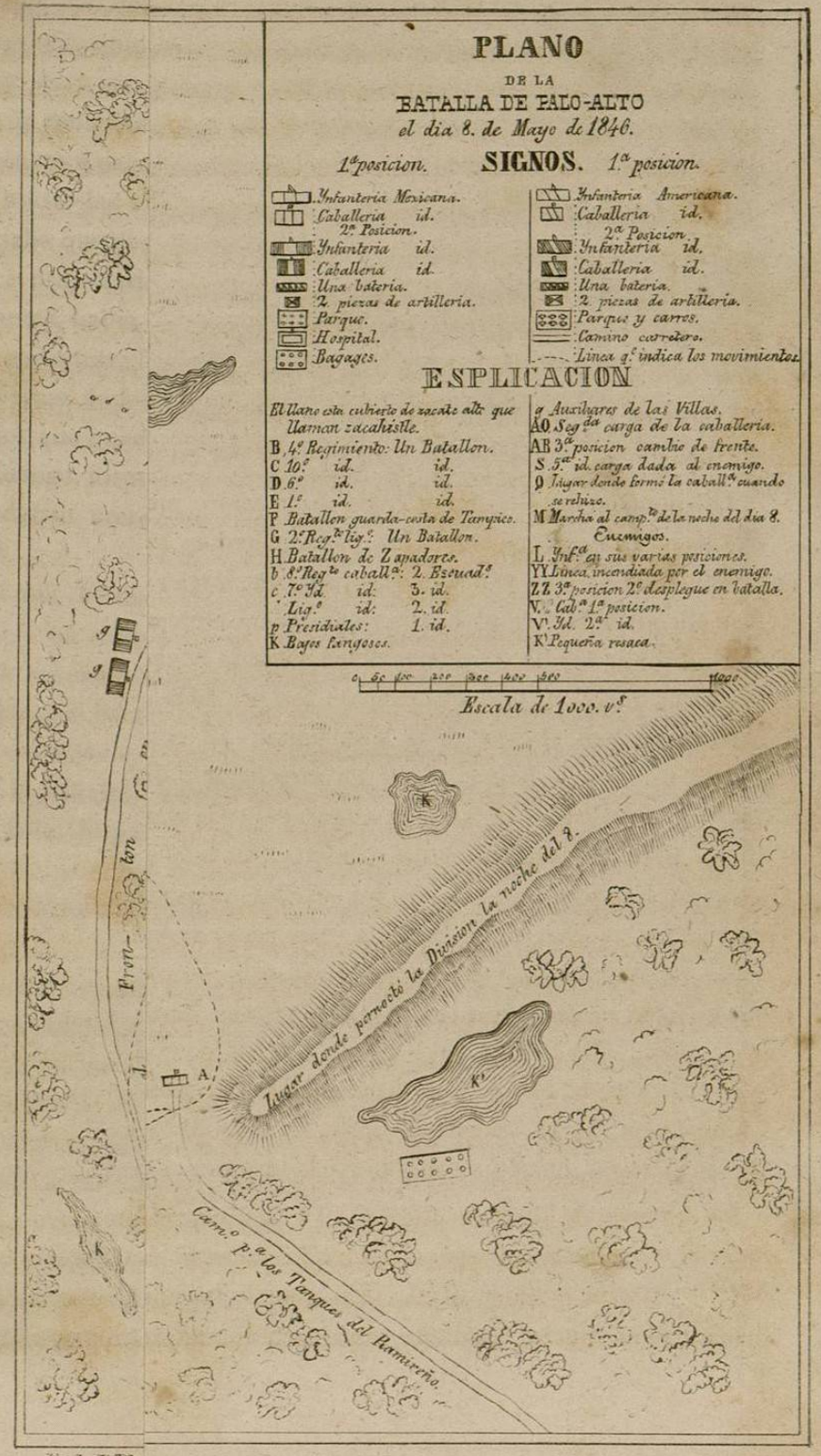
El Sol, oculto desde el 10, apareció de nuevo, trayendo consigo la esperanza y el remedio de los sufrimientos esperimentados en su ausencia. Es necesario haber pasado tres dias en el desierto, entre una niebla densa, cayendo un fuerte aguacero, sin abrigo, con frio, careciendo de medios de calentarse, para comprender lo que valia cada rayo de aquel Sol que bañaba las frentes de nuestros soldados.

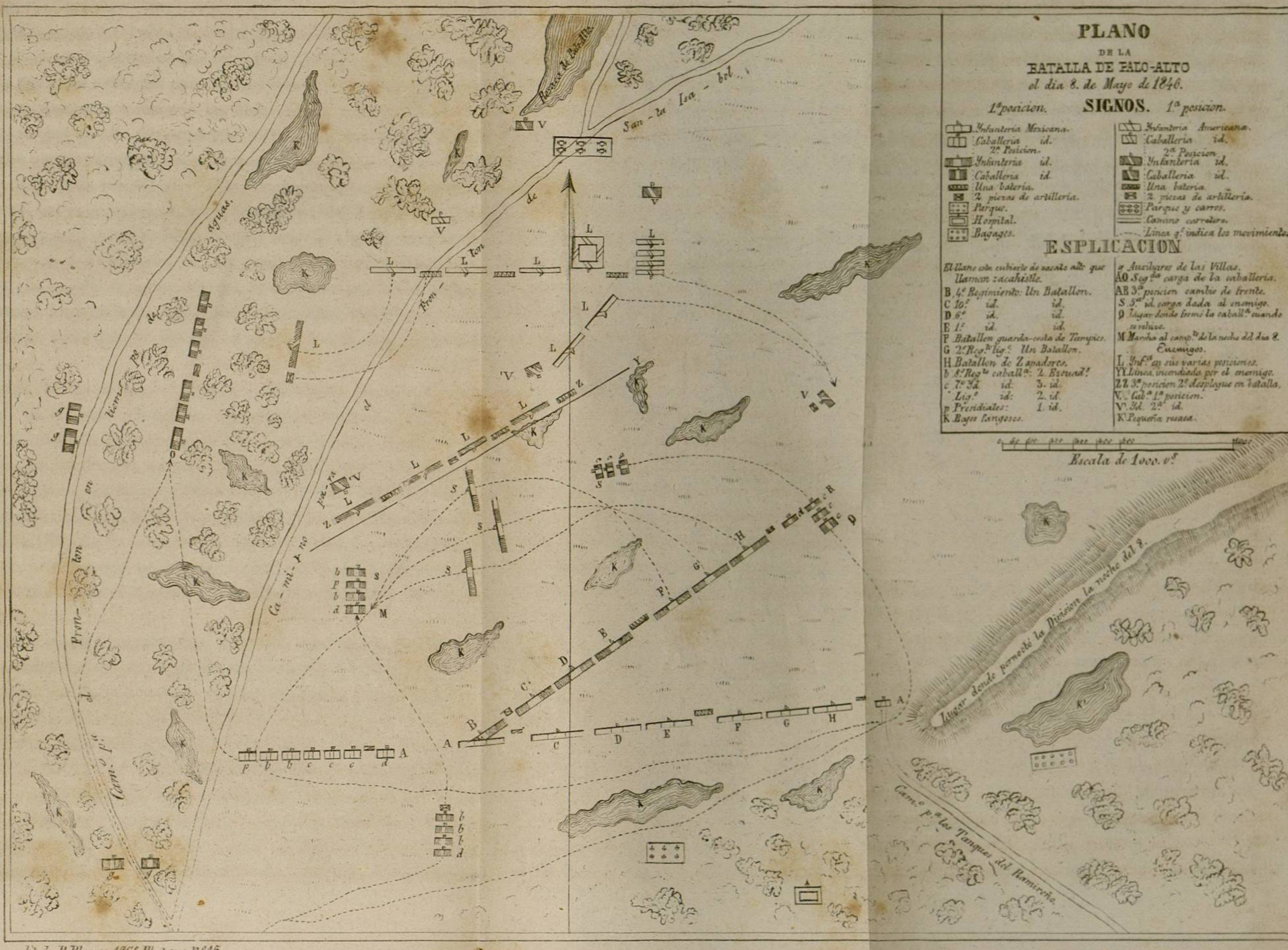
Se le recibió como á un amigo que se espera, como á un bienhechor que ha diferido sus favores para el momento mas crítico: vivas y aclamaciones de júbilo resonaron en su obsequio: parecia que el astro recobraba el imperio que ejerció en el Perú ántes de la conquista de los españoles, y que los soldados del Norte, imitando á los súbditos de los Incas, iban á doblarle la rodilla para adorarlo como á un Dios.

Los víveres que con anticipacion se habian colocado en los puntos del tránsito, empezaron á escasear desde el 14. Las raciones, bastante limitadas desde ántes, quedaron aun mas reducidas, dejando casi sin saciar el hambre de las tropas. La miseria continuó mas horrorosa cada dia de los siguientes, con lo que naturalmente desfallecian las fuerzas, y acrecian los sufrimientos, sobrellevados con una paciencia digna de los soldados que iban á pelear por su pais.

Escalonadas las divisiones como se ha visto, prosiguieron la marcha hasta la Encarnacion. Sus padecimientos, léjos de ir á ménos, se aumentaban mas y mas. Las jornadas, largas y penosas, se hacian sin encontrar en el camino habitacion alguna; hasta que se llegaba al punto lejano en que se debia pasar la noche, y aun entónces no habia local en que acomodarse: los soldados dormian al vivac, espuestos á todo el rigor de la intemperie. El agua escaseaba de tal suerte, que solo la habia en uno que otro lugar á distancias considerables, y saladísima; de manera que no se podia apagar la sed ardiente que producia la agitacion del camino. No habia tampoco modo de acogerse á la sombra amiga de los árboles, porque escepto una que otra palma, el desierto no los tenia como ántes se indicó: lo único que habia en abundancia, era la yerba llamada *gobernadora* (*zigophillum tabago*) que se distinguia en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista. En el mar, luego que se ocultan las costas, no se ve mas que cielo y agua; en aquel desierto no se veia mas que cielo y yerba, hasta que alguna ranchería distante, muy parecida á los aduares de los salvages, aparecia como una isla en aquel océano terrestre.

La division de Pacheco llegó el 17 á la Encarnacion; la de Lombardini, el 18; la de Ortega, el 19; las brigadas de caballería de Torrejon y Juvera, el 20 y el 21. En aquella hacienda se encontraba hacia dias el general Andrade, cuya corta fuerza, impropiamente lla-





Lit. de P. Blanco 1.a C.e Plateros N.o 15.